
Capítulo V.

Muchas cosas en poco tiempo.

Anton Perez fué á visitar á los padres de Hernan Cortés.

Recibiéronle estos con cortesía pero sin afabilidad.

El aspirante á clerigo notó desde el principio que su visita era molesta.

No tuvo más remedio que anticipar sus planes.

—Os habrá parecido extraño,—les dijo,—que sin título alguno para vuestro aprecio me haya presentado en vuestra casa.

No lo hubiera hecho, si no hubiera recibido el encargo de visitaros.

Esta declaracion sorprendió á los ancianos.

—¿Vos traeis el encargo de visitarnos?

—Sí; pero no he querido decirlo á nadie, porque en los pueblos todo se sabe, y la mision que he traído es muy delicada.

—Hablad por Dios,—dijo doña Catalina;—vais á darme alguna triste noticia.

—Al contrario.

—¿Se trata de nuestro hijo?—preguntó don Martin.

—Sí; de él se trata.

—¿Vos le conocéis?

—No.

—¿Teneis noticias suyas?

—Sí.

—Hablad, hablad por Dios,—dijeron á un tiempo los ancianos.

—Aunque algo perseguido por el gobernador de Cuba,—dijo Anton Perez,—que fué quien le confió el mando de la expedicion en que se halla ocupado, la fortuna, al parecer, le es propicia y ha enviado á España á uno de sus capitanes con una mision para el rey nuestro señor.

Se conoce que tiene más confianza que en el capitán en uno de los soldados que regresaban, y no teniendo tiempo para escribir á sus padres, puso en sus manos algunas joyas de oro de las muchas que se encuentran en aquellos países, con el encargo de que las vendiera á algun mercader en Sevilla y viniera á traerlos su importe.

El soldado cayó enfermo despues de haber realizado parte de la órden de su jefe.

Las joyas estaban vendidas, y en su bolsa el im-

porte de ellas; pero no pudiendo él desempeñar el encargo por haber caído enfermo de gravedad, me lo ha confiado á mí, y tengo el placer de entregaros en nombre de vuestro hijo esta bolsa llena de oro.

—¡Dios le bendiga!—exclamó doña Catalina.

—Perdonadnos, señor,—dijo don Martín á Anton Perez,—sino os hemos tratado con más cortesía.

Pero la alegría que experimento al ver que nuestro hijo se acuerda de nosotros, al ver que con esos recursos podremos atender á nuestras necesidades, os demostrarán claramente que la tristeza y el desencanto han sido causa de nuestra descortesía.

Viendo la buena acogida que le dispensaban, quiso anticipar más los sucesos el paje del arzobispo de Búrgos.

La situación en que estaba le sugirió una idea.

—El soldado,—añadió, traía un encargo para la esposa de vuestro hijo.

—¿Dinero también? preguntó doña Catalina.

—No; sin duda conoció que estando á vuestra cargo nada le faltaría.

Pero nunca faltan entre esposos noticias que comunicarse, y yo, si me lo permitís, hasta haber tenido el gusto de hablar con doña Catalina, reservaré las palabras que en nombre de su esposo me ha encargado el soldado que le diga.

—Sea en hora buena.

—Entonces me permitireis que la hable á solas.

—Con mucho gusto.

La madre de Hernan Cortés condujo á Anton Pe-

rez á la habitación de Catalina, y despues de decirle el encargo que traía para ella, los dejó solos.

—Dicen que venís á hablarme en nombre de Hernan Cortés,—le preguntó.

—No he recibido de él semejante misión,—repuso Anton Perez.

Y le refirió la fábula que habia inventado.

—Es extraño,—añadió Catalina,—que no haya tenido tiempo de escribir á su esposa; que haya confiado un secreto, si lo es, á un soldado.

—No quisiera afligiros,—dijo Anton Perez.

—Hablad.

—¿Me perdonareis si con mi franqueza os causo algun pesar?

—Más pesar me causais con ese misterio.

—Pues bien señora; voy á confiaros un secreto y el motivo de mi visita á solas.

Hernan Cortés, vuestro marido, no ha enviado encargo alguno para vos.

Sólo para vuestros padres dió á ese soldado una cantidad, que acabo de entregarles.

Yo he conocido que si llegábais á saber que habia recordado á sus padres y se habia olvidado de vos, sufriríais mucho, y he querido calmar vuestra ansiedad, vuestras dudas, revelándoos lo que de su propia cuenta me ha dicho el soldado.

Catalina no le contestó.

Sufria mucho.

—Vuestro esposo ha obtenido grandes triunfos. En el momento en que entregó esa cantidad al sol-

dado para que la trajese á vuestros padres, le faltaba tiempo para poder dedicaros un minuto siquiera.

»—Que no atribuya, pues, á falta de cariño,—me ha dicho el soldado,—este olvido.

»Cuando yo esté bueno, cuando yo pueda ir á verla, la probaré hasta la evidencia que su esposo la ama con delirio y piensa á todas horas en ella y en su hijo.

Al terminar estas palabras Anton Perez miró fijamente á Catalina, y vió que sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—¿Sufrís?—le dijo despues de una breve pausa.

—No,—contestó Catalina, reponiéndose,—no sufro.

—Haceis mal en ocultármelo. Ya veis que mi mision en la tierra es consolar á los que padecen.

Tengo derecho para penetrar en la conciencia de los séres humanos.

¿Importaria algo que delante de mí, que puedo ser, aunque indigno, representante de Dios en el mundo; importaria algo, repito, que exhaláseis las quejas de vuestro corazon?

Catalina miró entonces por la primera vez á Anton Perez, y su fisonomía angelical la engañó.

—Teneis razon,—le dijo;—pero no debeis extrañar mi reserva

Vivo aislado; vivo lejos de loque más quiero en el mundo.

He llegado á desconfiar de todos los que me rodean, y os he confundido á vos con los que me comprenden.

—¿Creeis que he hecho mal viniendo á veros?

—Al contrario.

—Debo tambien deciros que con ese soldado han venido dos capitanes, enviados por Hernan Cortés al emperador, y es muy posible que alguno de ellos os traiga carta suya.

Veo que esta esperanza os sonrie.

Bien, señora, bien; no os avergonceis de amar á vuestro esposo.

—¿Yo avergonzarme de eso? Al contrario: aunque me despreciase, aunque hubiese olvidado el sentimiento que estrechó nuestras almas para siempre, aunque no recordase que su hijo vive de mis cuidados, le amaria, le amaria con delirio.

Esta declaracion alegró extremadamente á Anton Perez.

—Permitidme que me retire,—la dijo,—despues de dejaros más tranquila, y contad siempre conmigo como con un verdadero amigo.

¡Quiera Dios que no necesite ser nunca confidente de vuestras desventuras!

Anton Perez se retiró; pero al despedirse de los padres de Hernan Cortés les anunció que todavía tardaria en marcharse algunos dias, para justificar las declaraciones que habia hecho de que el único objeto que le habia llevado á Medellin habia sido el restablecimiento de su salud.

Los recursos despertaron de nuevo la alegría en aquella casa, tanto tiempo triste y sombría.

Pero Catalina no alcanzó este supremo bien, por que á pesar de las declaraciones que habia hecho, la verdad era que sufría en extremo al ver que su esposo no habia pensado en ella.

Su pesar se agravó, porque su hijo, que estaba muy enfermizo, cayó de nuevo con una fiebre horrible, y puso en peligro su vida.

La situación del niño obligó á hacer gastos extraordinarios á sus abuelos.

Meliton era el encargado de comprar las medicinas y de llamar al médico.

Como estaba enterado del secreto de Anton Perez, veia marcharse el dinero que habian recibido sus amos, y se desesperaba.

Un dia no pudo contenerse, y sin pensar en lo mucho que sufría Catalina y en la situación grave del niño; estimulado por la embriaguez, se atrevió á tratarla mal.

Le echó en cara lo gravosa que era á los padres de su esposo, y en el calor del atrevido la dijo:

—Haceis mal en estar aquí, porque ya sabeis que vuestro esposo no os quiere bien; y si habeis venido aquí, es por que no teneis donde caeris muerta.

Catalina se quejó á los padres de su esposo de la grosería del criado.

Los ancianos, que veian con pena aminorarse sus recursos, y que estimaban verdaderamente á su antiguo servidor, si no le defendieron, al ménos no le culparon.

Desesperada al ver lo que le sucedia, tomó Catalina una resolución violenta.

Una noche, sin pensar que exponía la vida de su hijo, cuando todos los habitantes de la casa se recogieron, salió con el niño.

—Imploraré la caridad,—se dijo.

Y tomó el camino que conducía á Badajoz.

Poco despues supe Anton Perez la desaparición de Catalina.

Inmediatamente partió de Medellin: